

—Ni él ni yo desesperamos de volver á encontrarnos en el mundo.

—Aurora, es necesario que tenga usted el buen sentido de considerar esos amores como imposibles. Su familia está ya muy metida en la córte y su militar chinaco puesto fuera de la ley, renegará de usted luego que sepa que ha estado usted en palacio bailando con el Emperador.

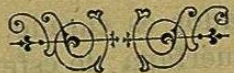
Aurora se estremeció á su turno; pero tuvo fuerza para contestar en el momento con altivez:

—Genaro, si usted quiere que sigamos siendo amigos y conservar mi estimación, no me diga nunca ni la menor palabra que yo pueda considerar ofensiva para mi Ernesto.

Laeroix se encogió de hombros, llevó á sentar á la jóven y al alejarse iba diciendo para sus adentros:

—Estoy yo lucido con dos rivales tan poderosos; pero . . . no hay que desesperar.

El baile que sirvió de prospecto á la ley de 3 de Octubre, concluyó á las cuatro de la mañana.



## CAPITULO XXIX

### INTRIGAS DE LA CORTE

SE dijo tambien por la prensa de aquellos días que el epílogo de la sanguinaria ley firmada el 3 de Octubre había sido el baile que se celebró con todo fausto aquella noche. ¿Epílogo? ¡Ojalá y así hubiera sido! pero todavía tuvo consecuencias más atroces, aunque ya era una enorme atrocidad que todos aquellos hombres que tenían dentro del pecho un corazón humano, celebraran su obra de exterminio con una bacanal: esas consecuencias fueron inmediatamente una horrible circular secreta de Bazaine á todos sus subalternos y luego los arroyos de sangre que corrieron, á la que vino á agregarse al último la sangre tambien del autor de tan feroz iniquidad. La circular de Bazaine que no puede omitirse en este relato, porque es uno de los documentos mas execrables de aquella época, enteramente contraria á los sentimientos de humanidad y á la civilización, fué la siguiente:



«Nº 7,729.—Confidencial.—México, Octubre 11 de 1865.—Los odiosos asesinatos cometidos por los disidentes y la parte que toman en estos actos salvajes los jefes rebeldes, poniéndose á la cabeza de partidas quenada respetan, dan á la lucha empeñada hoy entre el poder imperial y el partido juarista, el verdadero carácter con que debe considerarse: esto es, la guerra de la barbarie contra la civilización.

«El 18 de Junio de 1865, ataca Arteaga á Uruapan; se apodera de la población después de una lucha de treinta horas; y en vez de honrar el valor de los defensores, fusila al subprefecto Isidro Paz y á uno de los notables de la villa que había tomado las armas por la causa del orden.

«El 7 de Julio, Antonio Pérez asesina con su propia mano al capitán Curzroch, herido y conducido por húsares después de la acción de Ahuacatlán.

«El 1º de Septiembre, Ugalde sorprendió en San Felipe del Obraje á un destacamento de la guardia municipal de México, y mandó fusilar á los oficiales.

«En fin, el 7 de este mes, las partidas reunidas que merodean en la tierra Caliente de Veracruz, atacan el ferrocarril en Arroyo de Piedra; se apoderan del teniente de ingenieros coloniales Friquet, del guarda de artillería Loubet, y de siete soldados: al día siguiente se encontraron los nueve cadáveres, horriblemente mutilados.

«En virtud de estos actos salvajes son una necesidad y un deber las represalias: todos esos bandidos, comprendiendo también á sus jefes, han sido puestos fuera de la ley por el decreto imperial de 3 de Octubre de 1865.

«Encargo á ustedes que hagan saber á las tropas que están bajo sus órdenes que no admito que se hagan prisioneros: todo individuo, cualquiera que sea, cogido con las armas en la mano, será fusilado. No habrá cange de prisioneros en lo sucesivo: es menester que sepan bien nuestros soldados, que no deben rendir las armas á semejantes adversarios.

«Esta es una guerra á muerte; una lucha sin cuartel que se empeña hoy entre la barbarie y la civilización; es menester, por ambas partes, matar ó hacerse matar.—El Mariscal comandante en jefe.—*Bazaine.*»

Nota. Esta circular no se copiará en los libros de órdenes; solamente se pondrá en conocimiento de los señores oficiales.»

Estas disposiciones que parecían ser el alarido de la barbarie que nada tenía de común con la cultura europea que hacían gala de traer en sus bayonetas y pergaminos los invasores, tuvo por primeras víctimas á los generales republicanos Arteaga y Salazar y á los jefes Díaz Paracho, Villagómez y Pérez Millan, que fueron juzgados por el imperialista Ramón Méndez, como lo fueron otros cinco tenientes, coroneles y comandantes y doce oficiales subalternos que cayeron prisioneros en la desgraciada jornada del 13 de Octubre en el pueblo de Santa Ana Amatlan. En esa ejecución fué cuando el valiente Salazar mostrando el pecho cuando le apuntaban con las armas los asesinos, gritó con voz de trueno: «Aquí, traidores.»

Pero dejemos por ahora estos horrores que entristecen é indignan, no sin recordar de paso que en el mismo mes de Octubre el general Brincourt tuvo que



abandonar á Chihuahua para dirigirse violentamente á Sonora, y que en el mes siguiente D. Benito Juárez, que no había abandonado ni un momento la frontera, regresó á Chihuahua en donde estableció su gobierno, dando así el más solemne mentis á Maximiliano, quien se puso en gran ridículo con el preámbulo de su sanguinario decreto.

El baile de Palacio tuvo mucha resonancia no solo en la corte sino en los altos círculos sociales de México, hablándose mucho de las predilecciones de Maximiliano por una familia humilde á la que quería elevar contra la voluntad de su esposa. Estas murmuraciones hicieron que Eloin aconsejara á su amo que hiciera por separar á Carlota de la capital por algunas semanas. Ella, que era extremadamente perspicaz, vió con sorpresa que se le propusiera hacer un viaje nada menos que á Yucatán.

—¿Pero que voy á hacer yo tan lejos? preguntó la archiduquesa.

—Es necesario que nos exhibamos, es necesario que nos conozcan, es preciso que vayas á tranquilizar los ánimos. Ya hice yo cuatro viajes, mientras que tú no has salido de los alrededores de la capital.

Y luego S. M., después de ese largo discurso sobre las conveniencias de tal viaje, pronunció estas frases sacramentales:

—Lo exige la razón de Estado.

Carlota que tenía una gran imaginación, se consideró atravesando selvas vírgenes en aquellas comarcas, se vió visitando las ruinas de Uxamal, consideró que era hasta cierto punto heroico y novelesco ir á las tierras que había pisado Hernán Cortés

antes que nadie y encontrarse mano á mano con habitantes que creía primitivos, y contestó ya casi convencida:

—Tendría gracia, en efecto, que me fuera apareciendo yo sola en Yucatán.

—Sería de un efecto maravilloso. Aquellas gentes que han tenido tan pocas costumbres mexicanas y que siempre han estado en desacuerdo con los gobiernos del centro por su altivez, llegarán á adorarte como una divinidad. Tú las conquistarás con tu hermosura, las dominarás con tu talento y las cautivarás con tu palabra.

—Y quienes me acompañarán en ese viaje?

—Elegirás entre tus damas las que sean de tu agrado y entre la corte los hombres que te inspiren más confianza.

—Entre las mujeres llevaría gustosa conmigo á aquella simpática joven con quien bailaste la otra noche.

La alcoba no estaba bien iluminada y por eso Carlota no pudo observar la palidez de que se cubrió Maximiliano.

Es preciso advertir también que estaban hablando á las doce de la noche, cuando reinaba en Palacio el más profundo silencio, después de haber anunciado Maximiliano su visita y de ser recibido en la más íntima cordialidad. Aquella fué una de las raras entrevistas de casados que solían tener desde que se habían ceñido la corona de emperadores.

Maximiliano apenas pudo decir tartamudeando:

—Esa joven á quien creo que te refieres, no es dama de honor.



- Puede ir conmigo en calidad de amiga.
- Eso es diferente. Si ella quiere, puedes llevártela.
- Es imposible que se niegue si yo la invito.
- Maximiliano no quiso hacerse sospechoso y contestó prontamente.
- Invítala.
- ¿Y cuándo será preciso hacer el viaje?
- El día que tu designes.
- ¿Será preciso anunciarlo ó guardar la idea reservada?
- Será mejor que nadie lo sepa hasta el mismo momento para que no vaya á preparásete alguna emboscada.
- Hay enemigos armados desde aquí á Yucatán?
- Los que hay no son temibles y ya procuraremos además que el Mariscal te ponga una valla de acero desde aquí á la Península.
- Ya estando en el Golfo no le temo á nadie.
- Pues allá menos porque tienes que producir una inmensa reacción favorable. Yo estaba interesado en hacer ese viaje; pero en estos momentos....
- Qué?
- Estoy preparádo algunos decretos de suma importancia y dedico además mi atención al arreglo de la hacienda pública.....
- En ese caso, no hay más que hablar. Si se necesita que yo vaya, iré.
- Reflexiónalo sin embargo....
- Ya está reflexionado. Llevaré un séquito escogido de damas y de caballeros: entre las primeras irá la joven sobrina del coronel Cisneros y entre

los segundos algunos ministros y el jefe de tu gabinete.

—¿Eloin?

—El mismo. Me serán muy útiles sus consejos.

Maximiliano se retiró cabizbajo y la princesa se quedó pensativa.

El primero iba diciéndose:

—Me lleva á Aurora y á Eloin: es muy perspicaz.

Y ella se quedó murmurando:

—Si me despacha tan lejos es porque le estorbo. Será necesario pensar bien eso aun con las condiciones impuestas.

Cuando Maximiliano dijo á su íntimo que Carlota quería llevárselo, exclamó:

—A mí?

—Está empeñada en ello.

—¿Y para qué puedo yo servirle?

—Quiere que seas también su consejero.

—Lo que quiere es separarnos.

—Tal vez. Te juzga una mala influencia cerca de mí; pero es posible que quiera aprovechar tu sagacidad.

—De todas maneras, creo que debo ir.

—Indudablemente.

—Por menos ganas que tenga de dar semejante paseo.

—¿Pero no comprendes que es en mi servicio?

—Demasiado lo comprendo y por eso me atrevo á dar mi asentimiento. Estando á su lado trabajaré por destruirle ciertas preocupaciones y sospechas.

—Y también aprovecharás el tiempo para decir una que otra palabra al oído de la bella Aurora.



—Magnífico! exclamó Eloin dando un salto. Aquí encaja bien ese refran que tienen estos cuando dicen que con una piedra se pueden matar dos pájaros.

—Eso es: con un mismo viaje influyes sobre dos ánimos igualmente rebeldes.

—Que volverán suaves como la seda.

—Así lo espero.

—¿Y para cuando?

—La Emperatriz fijará el día; pero tiene que ser pronto.

—Pues estoy listo.

Estaba terminando Octubre. La Emperatriz cuando fué nuevamente preguntada dijo que saldría el 6 de Noviembre á la madrugada con el sigilo posible y entregó á Maximiliano la lista de las personas que quería que la acompañaran.

En esta lista se encontraban entre otros, los nombres siguientes: el ministro de Estado D. José Fernando Ramírez, los ministros plenipotenciarios de España y Bélgica á quienes se había de dirigir amable invitación, dos damas de honor y dos amigas, una de estas sería Aurora, el general Uraga que había de llevar el mando de las escoltas, Mr. Eloin jefe del gabinete civil, un capitán de Estado Mayor, dos chambelanes, un capellán de Corte, un médico de idem, un secretario y sus empleados así como varios camaristas y personas de la servidumbre imperial. Todo el séquito podía componerse, sin los soldados, de unas cincuenta personas con un gasto mínimo de mil pesos diarios.

En donde hubo una especie de terremoto el día 2 de Noviembre fué en casa del coronel Cisneros,

cuando cerca del oscurecer llegó de Palacio la dama de honor D<sup>a</sup> Asunción y dijo á su sobrina delante de las personas que allí estaban, que ahora diremos quiénes eran, lo siguiente:

—Prepárate á hacer un largo viaje.

—¿Yo? preguntó la joven asorada.

—Vas á disfrutar de un alto honor, de un honor que á pocas personas es concedido. Vas á acompañar á S. M. la Emperatriz.

—¿A dónde?... no comprendo.

—Ni yo tampoco; pero el caso es que me ha llamado y me ha dicho con su voz tierna de paloma: Señora, deseo que la simpática sobrina de usted, á quien he visto raras veces en nuestras reuniones, tenga á bien acompañarme en una expedición que haré dentro de breves días. Le pregunté naturalmente si el viaje era largo, para dónde era y qué día se efectuaría, y á todas mis preguntas respondió lacónicamente: que esté lista desde mañana, preparada de ropa para dos meses y yo avisaré la víspera de la partida. Esto me lo dijo hace una media hora y aquí estoy.

Todos se quedaron de una pieza y el coronel fué el primero que después de unos instantes de silencio, dijo:

—Realmente es una distinción para Aurora.

—Que yo declinaría gustosa, añadió ésta.

—¿Por qué? Cientos y cientos de señoras y señoritas envidiarán tu suerte.

—Y sin embargo, yo estoy cierta de que me encontraré á disgusto en medio de gentes tan encopetadas y que no conozco.



—A los tres días que vayan juntas, todas se harán de confianza.

—¿Y á dónde irá pues S. M? preguntó el coronel.

—Algo se ha dicho ya en las redacciones de ese viaje que tenía proyectado Maximiliano, dijo Perez, que seguía camelando á Leonor.

—Pero S. M. el Emperador se queda en México, se apresuró á decir D<sup>a</sup> Asunción.

—Por eso el viaje á Yucatán lo hace sola Carlota.

—¿A Yucatán? preguntaron todos á un tiempo.

—Eso es lo que dicen en las redacciones, y en el *Pájaro Verde* agregan que tiene una gran importancia política.

—Las primeras que van á rabiarse son nuestras vecinas, dijo Doña Asunción que solo estaba pensando en el gran golpe.

—Todas se harán cruces, agregó Leonor.

Y siguieron los comentarios, pero á medida que Aurora se convencía de que todo aquello tenía gran fondo de verdad, se ponía triste.

—¿Qué haría, qué pensaría Ernesto cuando supiera que su amada andaba de viaje nada menos que con la Emperatriz? ¿No se figuraría que era la más negra traición? Pero ¿cómo podría tampoco rebelarse contra aquella intriga que seguro había partido ó del chambelán ó de Doña Asunción?

Después fueron más vivas y más multiplicadas las reflexiones que hizo la joven conversando con sus primas, terminando por resignarse á hacer un viaje que no podía imaginarse por donde le había venido, puesto que una sola vez y en grupo había sido presentada á la Emperatriz.

Naturalmente los contertulianos del coronel Cisneros también se hicieron lenguas comentando aquel acontecimiento cuando llegó á oídos de cada uno, en lo que tuvo buena parte Perez, que fué contándolo de casa en casa.

La que más vociferó fué la boticaria, quien acabó diciendo después de una larga tirada:

—¡Quién sabe estos piojos resucitados hasta dónde vayan á parar!

Llegó la tarde, víspera de la partida, y todos los invitados que debían ir en el gran séquito recibieron aviso de que debían encontrarse reunidos en Palacio al día siguiente á las dos de la mañana.

—¡Caracoles! ¡qué madrugada nos encaja nuestra soberana! exclamaron los más moderados.

Y no hubo otro remedio, sino que todos estuvieron con sus maletas á las dos de la mañana y á las tres se pusieron en marcha en los carruajes preparados al efecto.

Apenas partió Carlota, Maximiliano mandó llamar al coronel Cisneros. Este, algo sorprendido, concurre á la cita.

—¿Está usted ya colocado en la córte? le preguntó el Soberano.

—Señor... V. M. se servirá perdonarme si...

—¿No está usted colocado? Pues bien, hoy mismo verá usted al Mariscal Almonte quien tendrá las órdenes terminantes...

—¡Oh! V. M. me honra...

—Quiero rodearme de hombres leales, de nobles servidores...

—¡Oh! V. M. me honra sobremanera.